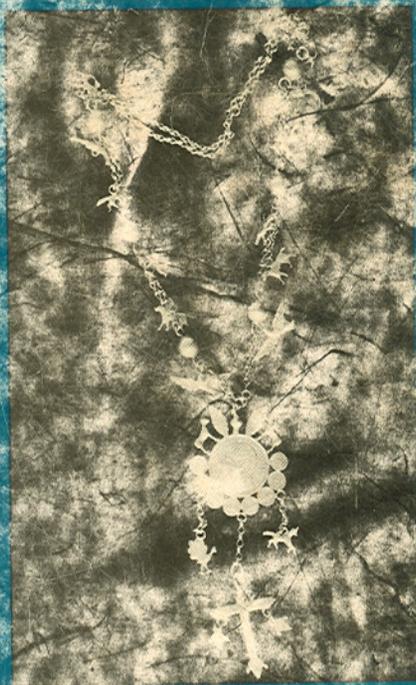


EL SIGUIENTE MATERIAL TIENE
DERECHOS DE AUTOR
POR LO QUE SE SUGIERE QUE EL
MISMO NO SEA REPRODUCIDO NI
USADO CON FINES DE LUCRO,
UNICAMENTE PARA FINES
EDUCATIVOS Y DE INVESTIGACION

Tradiciones De Guatemala 3



398.97281
C397



Handwritten signature

UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA
CENTRO DE ESTUDIOS FOLKLORICOS

UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA
CENTRO DE ESTUDIOS FOLKLORICOS
BIBLIOTECA

TRADICIONES DE GUATEMALA

3



UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA
CENTRO DE ESTUDIOS FOLKLORICOS
BIBLIOTECA

Editorial Universitaria
Guatemala, Centroamérica

1 9 7 5

CRONICAS

A la memoria de mi madre Doña María Concepción López Torres

Doña Concepción Torres

Marta Rivas de Torres

A la cara memoria de mi hija María Grazia Leda Torres Rivas.

Marta Rivas de Torres

REMEMBRANZAS DE CHIQUIMULA

Marta Rivas de Torres

Chiquimula es uno de los departamentos del Oriente de Guatemala. Su cabecera del mismo nombre, goza de clima cálido y seco. Está a 420 metros sobre el nivel del mar. Rodeada de montañas bajas, ciudad muy bien trazada, sus calles rectas, empedradas. Al oriente de la ciudad y a 2 km. de distancia más o menos, está el Río Grande, afluente del Motagua; al sur el río Tacó, a 500 metros del centro de la ciudad, tiene un puente de piedra que lo une a la ciudad con el barrio de El Molino. Al norte está el río Shusho y al oriente un riachuelo de aguas de un color como de agua jabonosa, llamado El Angel. El agua que surtía a la ciudad, hasta 1935 no era potable; en tiempo lluvioso era muy sucia. En todas las casas se acostumbraban unas "piedras de destilar", para purificar el agua. Cuando íbamos a la escuela, en los primeros años de estudios, "elemental" como se decía, todas las niñas llevábamos jarritos,

UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA
CENTRO DE ESTUDIOS FOLKLÓRICOS
BIBLIOTECA

pichinguitas de barro para tomar agua limpia y fresca, llevada de nuestras casas, aunque a veces en la escuela había una tinaja o "cántaro" con agua bebible, pero si se terminaba ésta o la de nuestros jarritos, forzosamente tomábamos del "chorro" aunque estuviese sucia.

Al oriente de la ciudad, entre matorrales, zarzas, están las ruinas de la "Iglesia Vieja", con muchas malezas en el interior y la escalinata en forma de caracol que lleva al campanario que fuera antaño, es sucia, oscura y los peldaños ya muy gastados, pero se acostumbra subir con esa dificultad. Dista más o menos un kilómetro de la ciudad.

Las casas en aquellos años a que me estoy refiriendo —1912 a 1921— eran de una sola planta, de techos de teja, los pisos de ladrillo de barro, cuartos amplios, altos, patios llenos de árboles y de flores propias del clima. El alumbrado era entonces de petróleo hasta finales de 1932 en que se inauguró la luz eléctrica. Se acostumbraba alumbrarse en el interior y en la puerta o balcón de las casas, con lámparas y en el exterior eran linternas colgantes, obligatoriamente se debía poner luz desde que comenzaba a oscurecer hasta las 9 de la noche, hora en que todo mundo se recogía al descanso nocturno. Después de esa hora la ciudad quedaba plenamente oscura y sólo por fuerza mayor se aventuraba una salir a la calle.

Antiguamente, durante la época colonial y después de la independencia de Guatemala, fue Chiquimula un Corregimiento; y comprendía lo que actualmente son los departamentos de Zacapa, Jutiapa y Jalapa. El Corregidor era un personaje importante porque ese puesto era elevado y ambicionado. En 1865 era Corregidor don Vicente Cerna, Brigadier y Mariscal, originario del departamento; y de ese cargo pasó a ser Presidente de la República. Se dice que Cerna fue el último presidente honrado del país, pues al caer su gobierno por el triunfo de la revolución liberal de 1871, huyó con sólo 20 reales plata en el bolsillo.

La población se compone de mestizos e indígenas. Los que viven en la ciudad no hablan dialecto, pero sí en algunos municipios como Jocotán. Su vestido tampoco es típico como sucede con los indígenas de Occidente, generalmente y tal vez por el calor, los indígenas usan camiseta como camisa y calzoncillo de manta blanca, quedando la camisa fuera. En algunas aldeas de San Jacinto y de Quezaltepeque, municipios de Chiquimula, las mujeres usan una blusa con cuello algo alto, con alforzas el talle y vuelos blancos y en vez de falda, un refajo azul. Los indígenas no usan calzado sino caltes, pero abundan los descalzos, aún en la población que no es puramente indígena, sino sumamente pobre.

Comidas y bebidas

Chiquimula ha gozado justamente de la fama de comerse buen pan. Las quezadillas de arroz, las de mantequilla lavada, las quezadillas de "hojita" o pan de maíz que las llevaban en los cestos entre hojas de jocote tierno; las semitas tostadas, las semitas rellenas, el pan de yemas o de huevo, con ajonjolí encima. El pan francés dulce y el salado en piezas pequeñas, una especie de pan especial que se usaba sólo para los "molletes". Los totopostes de sal y los azucarados, las tortillas, suaves y blancas, unas gruesas con queso, rellenas y llamadas memelitas o pish-toncitos. Las "enchiladas", tortillas frías que se freían en manteca de puerco, adornadas con carne de puerco picada, remolacha, encurtido, cebollas en tiritas, perejil encima y polvo de queso, hasta el aspecto era muy llamativo, se vendían durante los espectáculos, ya fuese en el circo, o en las noches de cine, que no era común, pues llegaba de Zacapa únicamente para la fiesta de agosto, en las veladas culturales y durante las fiestas patronales. Los tamales que se vendían jueves y sábados, los tamales colorados muy deliciosos; los tamalitos de elote, los tamalitos de chipilín, otros llevaban ejote, los ticucos, masa muy dura casi sin manteca, hechos por las inditas que bajaban del "cerro" y los vendían envueltitos y al partir los ticucos tenían frijoles negros, enteros, estos eran muy corrientes; los tamalitos de cambray, de arroz con una carnita dentro, muy pequeños, en forma de bola, envueltos en tusa y amarrados en sartas, estos se comían fríos, los "chuchitos" son generales en toda la República. En el mercado central —el único— vendían muy temprano los chicharrones de legítimo puerco, en tusas blancas y yuca muy blanca, reventada, puesta en tusas (hojas secas de maíz), entonces se cobraba en reales, y con pocos se hacía un buen desayuno. Olvidaba citar los ricos tamalitos de loroco, olorosos, que se vendían calentitos entre mantas blancas igual que las tortillas. Los chorizos negros y colorados; las longanizas poco picantitas, las butifarras que no había necesidad de cocinarlas, sino sutitufan a las boquitas, el color negro tal vez por la mucha pimienta, de forma redondeada y en sartas embutidas, duraban mucho tiempo. Para hacer el caldo de frijoles negros más sabroso se le echaba lo que hoy es tocino, eran lonjas llamadas impropriadamente pellejos, pues que no eran tales, tenían carne y poniéndolos a cocer dentro de los frijoles, daban el sabor del cerdo, agregándosele simplemente tamalitos de masa de maíz con sal, daba un caldo espeso y muy apetecido.

Se acostumbraba desayunar a las 6 y 1/2 a.m., casi siempre

con chicharrones con yuca, o tamales o frijolitos negros fritos, además del café o leche y un buen pan. El almuerzo era después de las 11 a.m., luego el café de mediodía que más bien era a las 3 p.m., no muy generalizado, y luego la comida a las 5 y media o 6, sin faltar la crema que se le llamaba mantequilla fresca, o la cuajadita que era queso del día, o el queso seco o añejo.

De bebidas se acostumbraba: el fresco de semilla de ayote, hecho con la semilla ya seca, tostada y molida y endulzada con rapadura, lo vendían en tinajas de barro; el tiste, bebida hecha de harina finísima de arroz, azúcar, cacao, azúcar y achiote se batía con molinillo y se tomaba espumoso, estas dos bebidas medicinales y refrescantes. El atole de elote, el atol shuco o atole agrio, llamado así porque se dejaba fermentar y lo vendían ya al atardecer en el mercado, en la parte exterior. El atole de 3 cocimientos porque el maíz pasaba por 3 operaciones, endulzado con rapadura. Este era repartido en las fiestas de las cofradías, en guacalitos limpios. El agua de coco era bebida fácil de obtener, ya que los cocos se vendían en todas partes y cada fruto de estos, los llamados "cocos de agua", tenían un litro completo, o sean 4 vasos de herradura, llamados así los vasos porque en el fondo, por fuera, tenían una herradura.

El hielo era llevado a lomo de bestia desde Zacapa; antes de 1920 que fue cuando comenzaron a llegar automóviles. Con el hielo fabricaban las "granizadas", hielo raspado con cepillo de metal y, al sacarlo, se le echaba pinturas de diversos colores y azucarados.

El ponche, al igual que los molletes se vendían para las fiestas de agosto y diciembre. El ponche era de huevo, leche y algo de licor, la leche hervida con canela y endulzado con azúcar, se tomaba caliente, batido, espumoso y en vasos gruesos y grandes. El **temperante**, muy rico, el de la "niña María Cacheo", me parece que era piña hervida con canela y azucarado, pero como no había hielo, lo tomábamos casi tibio porque lo vendían en las chinamas y por el calor no se conservaba fresco y además, ya lo tenían servido en vasos de cristal. La "chicha", era famosa la de las Menéndez, la vendían en medias botellitas, era de piña fermentada, endulzada con rapadura y muy fuertecita, no sé si le echaban algo más. Y cuando era muy niña, pero bastante menor, se tomaba el "chamaralajú", pero nunca más le oí citar ni a beber cuando ya tuve más de 7 años. Esto lo tomamos en una fiesta del mes de mayo, celebrando el día de la Cruz, pero no fue el 3 de mayo sino el 15, fecha de mi cumpleaños, levantaron una cruz en el patio, adornando con la tradicional e infaltable "hoja de pacaya", hubo rezo y se repartió esa

bebida, que tenía algo de sabor a piña, gengibre, pimienta gorda, rapadura y no sé qué más.

Dulces

Las Menéndez, por cierto mis queridas y buenas vecinas, eran dos personas muy trabajadoras: doña Betzabé, de carácter enérgico, y la "nía" Laurita, dulce y señorita ya de edad. Ellas hacían los mejores dulces, tales como los nuégados, los dulcitos de a 3 por cuartillo, esto fue antes de la primera guerra, esos dulcitos que con la cuarta parte de un real se obtenían 3, después desaparecieron. El bocadillo de coco, hecho de coco molido con rapadura, la conserva de coco, igual, pero con azúcar; la toronja, los higos. Además las vendedoras en las calles llevaban en bateas las challas, de color rosa, azúcar muy tostada que parecía vidrio, la chancaca, pepita de ayote con miel, los alfajores, harina seca de maíz como pinol con dulce; las melcochas, en tusas y en trocitos, o en forma de espiral, los caramelos de azúcar y los de morro, hechos con rapadura y sabían a morro, buenos para la tos; esto se vendía en las tiendas también, al igual que el dulce de leche, de zapote, de piña, las tartaritas. El alboroto, que llegaba de San Jacinto, eran bolas de maicillo seco, endulzado con rapadura; la colación, en forma de figuritas blancas con ribetes rojos o rosas, de azúcar, tostaditas simulando hombres, mujeres, animalitos, tinajitas. La colación sólo la vendían en la fiesta agostina, la sacaban de unos cajones que tenían los vendedores que vendían en filas en las calles donde estaba la fiesta, nunca averigüé de donde llegaba esta golosina que sólo cada año saboreábamos. Las espumillas, clara de huevo con azúcar horneada, blancas con canela encima o azúcar de color rojo. El turrón, clara de huevo con miel, muy batido, los conitos en tusas y canela encima, espolvoreada, se vendía en las bateas por las calles, al igual que el arroz en leche y el manjar blanco, en vasos de "herradura".

Frutas

Todas las de clima caliente, tales como los zapotes, los chicos o nísperos, estos tenían la leche cuajada al partirlos y hacíamos nuestro copal, hoy chicle, y si no queríamos blanco, pues le dábamos tinte con achiote o masticando una hojita de yerbabuena. También existía el "cojón", planta silvestre, esto no se comía, pero los cortábamos para ir a toda prisa a casa y pincharlos para que el látex al caer en agua caliente

se solidificara formando el codiciado "copal". En ese tiempo no había la variedad de chicles que hoy se venden, sí se conocían las tabletas de copal, llegaban de la capital, tenían sabor y eran de color moreno, envueltas en papel. En las vegas, lugares próximos a los ríos, cultivaban los mangos, ya de Castilla o Habaneros o Sabaneros, confieso que siempre oí anunciarlos pero no supe cómo se escribía, así sonaba: mangos sabaneros o mangos habaneros. Los jocotes, colorados y amarillos y había una clase pequeñita, llamados samarutes, al chuparlos con facilidad se le iban a uno escapándose de ahogar con la semillita. Los nances, amarillos y morados. El mamey, de cáscara dura, la comida amarilla y compacta, tenía fama de indigesta, decían en la escuela que sobando la cáscara en la cara, la parte interior, no se le manchaba a uno cuando fuera madre. La parte comestible se acostumbraba hacerla trocitos chicos y echarlas al garrafón de licor para encurtirse, al igual que se hacía con los nances y le comunicaban al licor un sabor sabroso, también así se procedía con los marañones, ya fuesen amarillos o colorados. La semilla del marañón la tostábamos o asábamos en las brasas que dejaba la leña de la cocina, luego en el empedrado, pues abundaban las piedras, partíamos la semilla ya algo calcinada y sacábamos la nuez muy rica, así también hacíamos con las almendras maduras, éstas las compraba donde las Monterroso, eran dos viejecitas, la nía Luz y la nía Nela, "niñas viejas, solteras", le vendían a uno un buen puño por medio real o le decían: entrá a recogerlas. Al partir la almendra, después de comernos la carne, así sin lavar, tal como se recogían del suelo, las aplastábamos con la piedra en el empedrado para sacarles la "nuez" o almendra, muy rica. Los coyoles se vendían crudos y en miel, eran de mejor sabor los "en miel" y se vendían en tusas hondas con su poco de miel. Estos sí costaba partirlos con la piedra, y era difícil sacar la nuez o coquito entero. Los nances daban oportunidad de jugar a las apuestas. Con el puño cerrado y tomados al acaso preguntaba uno a la persona con quien iba a jugar: ¿Nones o pares? Y si al contestar acertaba nones o pares, según el número de nances, tenía uno que cedérselos y luego ella procedía igual con uno. También los guineos o bananos, entonces no se decía banano sino guineo guime, guineo morado, guineo majonche, estos se podían cocinar, eran populares. Las sandías rojas y dulces, las limas de Saspán, aldea no muy lejana a Chiquimula, las aceitunas que le dejaban la lengua morada al comerlas al igual que los caimitos. Lo que era muy corriente encontrar era fruta con gusanos y por eso se vacilaba al comprarlos, pero la vendedora le aseguraba a uno que "no tiene gusanos". La caña de azúcar se comía más en las "moliendas" o molidas.

Los propietarios de cañaverales los tenían más allá del río Grande, había que atravesarlo, era en la época de noviembre y diciembre cuando el río ya estaba secando, y sobre piedras saltando pasábamos al otro lado para ir a la "molida", le obsequiaban cañitas delgadas, gruesas y bañadas de miel del perol, con un sabor la miel a los toficos chiclosos de hoy en día. Si uno llevaba un trasto, le obsequiaban la miel para llevar a casa. También se vendía en el mercado la caña de tuna, morada, suave para pelarla. Para la fiesta patronal, la fiesta de agosto, llevaban de Jalapa unos duraznos, perotes y manzanas, pero de clase inferior, los vendían en redes y al nivel del suelo, pero como no se cultivaba en Chiquimula, en dos o tres días se terminaba la venta de dichas frutas.

Personajes populares

Por las calles y sin hacer daño a nadie, deambulaban pobres seres que la chiquillada se complacía en atormentar, ya gritándoles o tirándoles piedras. Estaban Chico Tonto, Manuel Tonto, éstos pedían comida y hasta las frutas ya descompuestas las ingerían sin notar que les dañara. La Cucha y la Mecha eran dos pobres mujeres que vestían harapos, no faltaba alguien que les regalara alguna prenda, descalzas, mugrosas, desgrefnadas, una adelante de la otra, la de atrás completamente ciega, ingerían licor y eran objeto de burlas; Pablito Vega, él tenía sus terrenitos y cuando llegaba de la vega para su casa, por el Torito, ya llevaba algunas copas entre pecho y espalda y los chicos le gritaban: ¡Adios Pablito Vega mosquitos en la talega...! Recuerdo, pero muy vagamente a una pordiosera, que vendía un haz de chamisa en la cabeza y pedía que se lo compraran, de puerta en puerta, le decían Marta Chamisa, tenía un ojo vaciado y daba horror al ver su triste estado, poco tiempo la ví. Aparte de estos tipos populares, debo recordar los apodos que llevaban muchas personas, grandes y chicos. Muchos eran conocidos así y generalmente con disgusto por parte del dueño del apodo. Juana Cacho, era una tortillera o vendedora de tortillas más bien, medio rubia, blanquita, baja y de semblante alegre; Luisa Porosoco era otra señora que por tener la cabellera siempre alborotada porque su cabello era muy crespo, y recordaba su cabeza el nido de una clase de aves que está formado así, como en desorden. El hijo de Luisa también llevaba el apodo de Porosoco. Otros eran: Chente Culón, Chente Culito o Chente Tapón, Juan Pajarito, Juan Calzón, la Juana Gallo, la Rosa Ronda, etc. Años más tarde, por la década de los veinte se conocieron apodos como los de las Chachagualillo por ser propietarias de una cantina llamada El

Chachagualillo, nombre en boga por el asunto de límites de Guatemala con Honduras; otra mujer, "vendedora de caricias" como decía Enrique Gómez Carrillo, fue popularmente conocida como la Tutenkhamen, ya que hizo su aparición en el año que fue descubierta la tumba del Faraón.

Decires populares

En algunas reuniones populares, ya al calor de los tragos se decían adivinanzas, unas picarescas, se contaban chistes de color subido y más de alguna "bomba" salía a relucir. Recuerdo ésta: "Bomba, bomba, jeta de moronga, andá donde el burro a que te la componga". Luego la contestación: "Esa bomba que me echaste, hasta el alma me dolió, ¿por qué no se la fuiste a echar a la gran puta que te parió?" Por supuesto que estas expresiones sólo se oían en boca de hombres sin ninguna educación ni cultura.

En la escuela, cuando había un enojo con alguna compañera y pasaba cerca del grupo donde estuviera otra que tuviera disgusto con ella, se reían ellas en tono burlesco y la aludida contestaba: "aquí me voy despidiendo con tres cogollos de palma, el que se ría de mí, que se ría de toda su alma".

En los primeros años de escuela, era frecuente entre niñas de 5, 6 y 7 años, ofenderse enseñándole la lengua. Inmediatamente se quejaba uno con la maestra y le decía: "la fulana me está sacando la lengua". Entonces la maestra nos corregía y en tono admirativo le decía a la quejosa: ¡pero yo veo que tienes tu lengua, no te la han sacado!, y advertía que debíamos decir: "nos está mostrando la lengua".

Los refranes y expresiones populares acostumbradas por los colegiales y también por el vulgo eran: eya papo, eya pitas, como palabras de protesta; "metisaca" por entrometida, y si groseramente lo trataban decían expresiones como ésta: "andá a comer m...", se contestaba en desquite: "cométela vos con tu mano izquierda"; al imponer silencio en forma brusca se acostumbraba decir "sho", y se respondía con esta expresión: sho son tus machos, si no tenés vos sos uno, me monto en vos, cara de calaboz, el arroz pa tus pollitos y la m... para vos... Para que no se entrometiera uno donde no debía, le decían: a vos qué te importa, para contestarles: andá donde don Pío Porta a que te den una torta. Y, a propósito de don Pío Porta se tejían leyendas, tales como que don Pío tenía pacto con el diablo, que tenía grandes pilas de plata y oro, y esto porque Don Pío era el más rico terrateniente y comerciante

de Chiquimula. En la parte oriente de la ciudad existía o tal vez exista, un tanque con lavaderos públicos, posiblemente regalado por D. Pío, la imaginación popular inventaba que en ese tanque se bañaba la Siguanaba o Llorona, dando quejidos intensos y también muchos decían haberla visto lavar ropa, pero por la noche nada más. Cuando se quería ofender indirectamente a una persona, se aludía a su oficio o gremio o clase social, y entonces ella se apresuraba a decir: barajo mi trecho sin barajear, Zacarías dijo aquel RETACHO, te consumo y te apacho hasta la consumación de los siglos; o también simplemente Barajo mi trecho... Ojos de gargajo en tusa, se le decía a quien tuviera los ojos glaucos.

En el colegio nos gustaba la broma y decíamos algunas frases que se prestaban a equivocaciones, como éstas: Mañana te toca. ¿Qué? Dormir con la loca. ¿Vas a ir al entierro? ¿Qué entierro? Tus narices. ¿Conocés a don Serapio Joso, a la niña Refugio Tosa, a la "nía Justa Nuda", etc.? Y otras bobadas más, como éstas: ¿Usted cuando come pan suda? o, ¿se incomoda porque le digo eso?, o no se aburra. Buscábamos líos cuando pasaba una compañera al decirle: campo y anchura que ahí va la basura, pero la aludida se apresuraba a decir: la hermosura.

En los años de primaria se acostumbraba "valerse", o sea estar "validos" entre compañeros. Esto consistía en tomarse de los dedos meñiques como dando vuelta y decir al mismo tiempo ambas: carretilla carretón, el que no pague es un ladrón. Luego cuando una compañera comía algo que nos apetecía o tenía un objeto bonito entre las manos le decíamos: bote eso, y tenía que darlo a quien le pronunciaba esa palabra, pero si estaba lista, se anticipaba a decir: coto. Esta palabrita significaba que ya no podía quitársele lo que tuviera entre manos.

Diferente era al comer en los recreos, ya que se acostumbraba llevar golosinas, ya fuesen dulces o frutas. Si una compañera comía y se le caía por algún descuido, lo atribuía a la amiga o compañera que estuviese frente a ella, y decía: me lo estabas deseando, por eso se me cayó; mas unas veces se podía recoger y decíamos: pero no le doy gusto al diablo. Los bandos eran a manera de órdenes: "bando, bando, contrabando, que esa cabeza yo la mando", o "bando, bando, contrabando, que en la esquina de D. Fernando estaba un chucho ca...".

Supersticiones

No había niño por crecidity que estuviese que no creyera en la existencia del diablo, nos contaban que se aparecía con hedor a azufre, cuernos y rabo. Que si uno se portaba mal en casa con los mayores, le

podía salir el diablo. Los huracanes indicaban que el diablo andaba cerca y era aconsejable hacer las cruces. Al verse en peligro debía uno decir para defenderse: quítate de aquí Satanás que por mí no vendrás, pues el día de la Cruz te dije mil veces: Jesús, Jesús. Y para poder tener ese derecho, el 3 de mayo, día de la Cruz decía yo mil veces la palabra Jesús, pues si no lo hacía no estaba nadie seguro de verse libre del "animal malo".

Verse en el espejo a media noche era peligroso, se podía ver la cara del diablo; masticar copal —chicle— ya después de las 8 p.m. era masticar los huesos de los muertos; dormir con su muñeca era malo, eso atraía al diablo. Los malos agüeros abundaban, y así se creía que las mariposas negras y grandes que revoloteaban dentro de las habitaciones durante la estación lluviosa, eran presagio de muerte de alguien muy afecto a la casa; quebrarse un espejo indicaba desgracia; soñar que se le caían dientes o muelas era muerte segura de algún familiar; abrir un paraguas o sombrilla en la sombra o dentro de una habitación era de mal agüero; el canto del pájaro llamado "chepillo" que según el decir popular cantaba "gente viene, gente viene", auguraba la llegada de algún viajero; el perro echado en la sala, panza arriba anunciaba próxima visita; una mosca que con insistencia le volara a uno sobre la cara, era segura llegada de carta; ver araña en la mañana, tarde o noche significaba en cada tiempo: dicha, carta y desgracia. Había un librito pequeño llamado oráculo que servía para consultar el significado de los sueños. Las velas de cera encendidas en el Santuario de Esquipulas se apreciaban, los cabos los guardaba una para defenderse de la tempestad, al igual que las palmas "benditas" por el cura el domingo de Ramos. El canto de la lechuza en los árboles del patio de la casa anunciaba muerte de alguien que vivía allí, también se decía que la lechuza era una bruja que tomaba esa forma pasajera.

Curaciones

En los meses de julio y agosto, época calurosa y lluviosa, se alborotaba una plaga de mosquitos muy chicos que se le metían a uno en los ojos, provocando el "mal de ojos", y este mal consistía en sentir una gran molestia en los ojos, como arena, no se podían abrir bien, se enrojecían, se llenaban de legañas o cheles como se les llamaba, amanecía uno al día siguiente, al despertar, con los ojos completamente pegados y era necesario despegarlos lavándolos con agua tibia. La medicina infalible era el "vitriolo", polvo blanco que se vendía en papelitos en las

farmacias. Este polvo disuelto en agua tibia y poniéndole una gota en cada ojo lo curaba después de varios días, pero ardía muchísimo y provocaba llanto porque el ojo se irritaba más. El vulgo aconsejaba curarse tiznándose el ojo y al que se riera de uno se le pegaba. El mal de ojo era contagiosísimo y toda la chiquillada padecía de este mal, nadie se salvaba. Para el orzuelo, pispelo o chalazón como se le llama, decían que debía uno echarse un moco para curarse, y que eso daba por haber visto a un perro defecando.

La hemorragia nasal, tan frecuente en los escolares ya por un golpe durante el juego o por el calor, se curaba entre los compañeros así: echando agua sobre la pared o tapia, caliente por el sol y luego aspirando ese vaho o bien mojando un pedazo de ladrillo y oliendo profundamente. Las heridas leves que nos hacíamos durante el juego las quitábamos poniendo tela de araña encima para que ya no saliera sangre. Para quitar el hipo, pues un susto era lo mejor, o también tomando agua en un vaso, pero tomándolo al revés, doblando la mano y dando tres tragos. Yo veía también a la cocinera que se ponía un frijolito partido en cada lado de la sien y ella me decía que con eso se quitaba el dolor de cabeza. Y si el ojo le saltaba, nervioso por supuesto, ella decía que "alguno está hablando mal de mí". Un ardor en las orejas y enrojecidas, calientes significaba que estaban hablando mal de la persona que sentía eso.

Religión

En Chiquimula la mayoría de sus habitantes es católica, aunque el protestantismo tiene muchos adeptos. Funcionan colegios de los misioneros centroamericanos, muy bien servidos y además de la enseñanza primaria, en donde hay internado, en mi tiempo permitían a las alumnas de secundaria ir al Instituto Nacional de Señoritas para recibir sus clases, también tuvieron algunos años de enseñanza de secundaria en sus colegios. Tenían en sus edificios, que los nombraban Betania, Bethel, Berea, Beracca, etc., talleres de carpintería, de imprenta y encuadernación, terrenos para prácticas agrícolas, todo lo que podía servirle a los muchachos que ellos educaban y ganarse en el futuro su vida. Tenían muy bonitos dichos edificios y llenos de jardines con las flores propias de aquel clima cálido. Para sus cultos evangélicos tenían el Tabernáculo, muy bien iluminado con luz de acetileno y gasolina, salón amplio y por lo bonito, hacía afluir muchos curiosos que también se sumaban a cantar los himnos religiosos que se entonaban en las noches de "culto" como se decía.

Templos católicos hay dos. El Calvario al sur de lo que se llamaba Jefatura Política, y la Iglesia que está al oriente de la plaza principal. Siempre había un sacerdote. La clase indígena toma parte activa en las prácticas religiosas y entre ella, los de más categoría se tomaban atribuciones importantes en las celebraciones religiosas ya fuese de la Semana Santa, de la fiesta titular del Tránsito, que se celebra del 12 al 16 de agosto, y en las festividades navideñas, así como en las procesiones que recorren las principales calles. Para la Semana Santa que comienza con la Cuaresma, todos los viernes, los seis anteriores al Viernes Santo, salía de la Iglesia Parroquial una procesión con acompañamiento de música, pasaba por el Calvario y volvía a la Iglesia parroquial. El Cristo con la cruz iba en andas, muchos fieles acompañaban a la imagen, generalmente era de las 5 a las 6 y 1/2 p.m., caminábamos rezando y llevando en las manos velas encendidas. Algunas personas ponían "descanso" frente a sus casas, es una especie de mesa con cortinas y flores para depositar brevemente al Cristo o el Señor como decíamos, las cabezas iban cubiertas con "chalina", chales vaporosos o algo con que debíamos cubrirnos la cabeza.

Domingo de Ramos

Antes de la misa —las misas se oficiaban en las mañanas— la procesión llamada de la Borriquita porque iba una imagen de Jesús sobre un borriquito, recorría el atrio de la iglesia parroquial; durante la misa se celebraba la bendición de ramos o palmas (hojas tiernas de palma), y en la repartición se hacía un gran alboroto, pues gritábamos: ¡ideme a mí padre, déme a mí...! Estos ramos eran llevados a casa y puestos en la cabecera de la cama o se guardaban para los días de fuerte tempestad y preservarnos así de morir fulminados por un rayo.

El Lunes Santo una procesión llamada de Las Animas salía de la Iglesia y recorría algunas calles de la ciudad; el Martes Santo se celebraba con la procesión de Jesús Nazareno con la cruz en el hombro, dicha procesión se llamaba "La Reseña" y las "tinieblas" se efectuaban el Miércoles Santo, o sea que oscurecían la iglesia y había actividad en el pueblo, apresurándose a comprar alimentos porque era el último día de la Semana mayor de movimiento comercial, ya que hasta el Domingo de Resurrección no se abría el comercio nuevamente. También todos trataban de bañarse, ya en sus casas los que tenían servicio de agua y los que no, iban al río que estaba cerca, por la tarde, pues el Jueves Santo y Viernes Santo era prohibido bañarse, y quien lo hiciera corría el riesgo

de convertirse en sirena o pescado, según la creencia del vulgo. Todos decían que era pecado bañarse, cocinar, barrer, coser, un oficio que no fuese necesario, las campanas no sonaban desde el miércoles por la tarde, y se oían nuevamente hasta cuando tocaban "gloria" durante la misa del sábado. Eran las matracas las que sustituían a las campanas. El Jueves Santo, llamado el día "más grande" del año católico. Los "oficios religiosos" en la mañana, a mediodía se tendía la Cruz en el Calvario, en posición horizontal y sostenida por dos soportes o "burritos". Se adornaba con la flor del corozo o de "coyol" y en la parte superior estaba la alcancía o un platillo destinado a depositarse las limosnas de los fieles que adoraban a la cruz después de dar la vuelta alrededor en tono respetuoso y hacer la reverencia de adorarla, arrodillándose al mismo tiempo, brevemente. Se lavaba la Cruz a mediodía, ya todo el pueblo había almorzado para estar listo a presenciar la ceremonia que era muy bonita. El agua con que la lavaban era llevada desde Esquipulas, y los encargados de eso iban y venían a pie los 56 kilómetros que separan a Esquipulas de Chiquimula, camino pésimo, de piedras, tierra, cuestas y bajadas; se hacía en el lapso de 2 días la ida y 2 la vuelta. Los padrinos que gozaban del honor del lavatorio de la cruz eran tres, previamente las tinajas o cántaros de agua llevada eran bendecidas y así la lavaban, luego con el incensario comenzaba el primer padrino, en voz baja, el 2o. más alto y el 3o. más y se le oía mejor. Incensariando iban diciendo: "Jesús en la bendición de Dios Padre, en la bendición de Dios Hijo, en la bendición de Dios Espíritu Santo que son tres personas distintas y un solo Dios verdadero. Por el norte, por el sur, por el este, por el oeste, las criaturas se ahogan, por qué ese ese sentimiento, por qué es ese tormento señor de las Esquipulas... María del Tránsito, María Josefa, Tránsito de agosto, Señor..." etc., etc., y mucho más que no recuerdo o que nunca alcancé a entender.

Después de este acto, podíamos pasar a adorar la cruz, nos daban regalada las flores de "coyol" y, naturalmente, habíamos echado la limosna, entonces había reales, medios, de níquel. Los padrinos iban con sus camisas bien almidonadas, o nuevas, y su faja roja en la cintura, sus pantalones ya nuevos o limpios. Esos eran "los principales" como decían las gentes humildes y nuestra sirvienta, la cocinera, lo decía con respeto. Recuerdo que uno se llamaba Serapio Chachaguá, alto, delgado, y la manzana de Adán muy pronunciada; era imperioso y muy altivo, hasta con el cura párroco tuvo dificultades y discusiones porque quería mandar más que el "señor cura". Por la tarde tenía lugar en la Iglesia Parroquial el acto del Lavatorio de los Apóstoles. Estos eran 12

niños humildes, del barrio "Torito" o Democracia, de la clase indígena, descalzos; pasaban a la iglesia con su camisa de colores, muy limpios, al igual que sus pantalones. Tenían sendas coronitas de flores de papel de colores en la cabeza. A las 4, el padre procedía a la ceremonia y luego de lavarles los pies, los secaba y se los besaba, pero la gente decía que era su mano la que ponía y se la besaba él mismo. A la entrada de la iglesia por la puerta mayor, a la izquierda estaba, dentro de la iglesia, una capilla muy descuidada, pero entonces la iluminaban con velas y Jesús de pie con los ojos vendados, un niño hacía de carcelero dejando caer y levantando una cadena de hierro pesada que producía un ruido. Al pie de la imagen la alcanzaba donde se depositaba la limosna. Rezábamos de rodillas con todo respeto. El piso de la iglesia como el del Calvario eran de ladrillo de barro. Por la noche salía la procesión llamada del Silencio, iba Jesús en andas con su túnica de rey de los judíos, su corona de espinas, los fieles llevaban velas en la mano, y la matraca sonaba fúnebre. Entraba puntualmente otra vez a la iglesia, de donde salió, a las 9 p.m.

El Viernes Santo en el Calvario se levantaba la Cruz que estaba tendida desde el Jueves Santo y comenzaba la procesión de los Encuentros. La cruz la llevaban en posición horizontal muchos brazos que sentían ser honrados con llevarla, en medio de la multitud y bajo sol ardiente, comenzaban los actos casi a las 12:30. De la iglesia salía la otra procesión llevando a las imágenes en andas, María, la Verónica con el lienzo que tenía grabado el rostro de Jesús, María Magdalena y San Juan, cerca siempre de María, la madre de Jesús. Se encontraban ambas procesiones y las imágenes se saludaban acercando sus rostros, iba Jesús que había salido del Calvario con la túnica púrpura, la frente ceñida con la corona de espinas y así hacían los "topes". Algunos niños iban en andas simulando soldados romanos, con el traje a la usanza de esa época, se les pagaba a los "cargadores" por llevarlos en andas, a la inversa de quienes cargaban las imágenes, ellos tenían que pagar y estaba hecha de antemano la lista de cargadores. En los ya dichos "topes" iba también un hombre a pie, representaba al Cirineo cargando una cruz liviana. Hubo una ocasión, que éste en el trayecto y como era la caminata con fuerte sol y calor, tuvo sed y al ver una cantina que estaba en el trayecto, entró con todo y la cruz a "echarse un trago" para refrescarse el gajate, o tal vez para tener fuerzas y poder cargar con la cruz. Todo el cortejo entraba junto a la Iglesia, antes de las 14:30 o a las 14:00 horas. Se rezaba en la iglesia con gran devoción, todos los altares cubiertos con lienzos morados, la Cruz que iba cargada por muchos hombres, en posi-

ción horizontal se colocaba junto al altar y era fijada en el suelo para proceder a enclavar a Jesús en ella. Cuando yo era chiquilla, apenas recuerdo, que "inditos" muy ancianos, con velas en las manos, de rodillas, rezando con toda devoción y muy emocionados, en voz alta, primero era quedo, pero levantaban la voz como haciendo partícipe de sus penas a Jesús que iba a morir en la Cruz, decían: "Señor, matayo a don Pío Porta, matayo a don Salvador Flores", y así mencionaban a los terratenientes más ricos en cuyas tierras trabajaban por míseros reales. A las 3 de la tarde, Jesús había sido ya enclavado y la cruz era puesta verticalmente; entonces era el fervor creciente, entre cánticos de Santo Dios y Santo Fuerte, rezos, llantos y muchas velas encendidas que hacían la atmósfera irrespirable, un calor que posiblemente sería de 30 grados, la iglesia plena de fieles. Era entonces cuando todos nos sentíamos cómplices de la muerte de Jesús y rezábamos con gran devoción y sinceridad, había que ponerse de rodillas con los brazos abiertos en cruz para rezar los 33 credos. Seguía un sermón que llegaba a enternecer, luego oraciones y a esperar el descendimiento. Cuando Jesús era bajado, el padre lo limpiaba con algodones y una sustancia olorosa, me parece que haya sido "bálsamo del Perú", esos algodones eran repartidos como reliquias y muy solicitados, era imposible que todos obtuviéramos un trocito. Los algodones eran llevados a casa para conservarlos como amuleto contra todo mal. A las 5 de la tarde ya estaba toda la iglesia de luto, el pueblo se reunía en el atrio para la solemne procesión del Santo Entierro. Una urna de vidrio llevada de la capital y costeadada entre varias personas adineradas de la localidad, se le ponía instalación eléctrica, dentro del Cristo yacente, y era arreglada por fuera con flores artificiales y el anda enorme donde descansaba con ángeles y muy bien presentada. También iban las imágenes, las inseparables en todas las procesiones, ya vestidas de negro. Las damas que cargaban a las vírgenes debían ir vestidas de negro, había filas largas de cucuruchos, los que el Jueves Santo vistieron de morado, el Viernes Santo iban de negro; las Siete Palabras, inscritas en estandartes de lienzo negro, los instrumentos que sirvieron para torturar al Cristo, y en fin, que era imponente esa procesión, la cual recorría muchas calles, y éstas estaban iluminadas con linternas de petróleo, ya que no había luz eléctrica, sino hasta 1932. Esta noche siempre hace la luna lleno total, y ayudaba también con su bella y romántica luz. Niñas y señoritas usábamos sombreros para esta tarde del viernes santo, y estrenar era casi una ley, quien estrenaba uno, dos y hasta tres vestidos, no hacerlo daba pena. Era costumbre presenciar el paso de este desfile religioso en los pretilos o bancos del parque, o irle a

salir a las esquinas principales. Entraba la procesión al Calvario casi a las 10 de la noche y allí quedaban urna e imágenes.

El Sábado de Gloria ya era de alegría después de la misa. Todos queríamos ir a la misa, llevábamos jarritos de loza o de barro para que el padre bendijese esa agua y llevarla a casa. A la hora en que el sacerdote cantaba Gloria, era creencia en broma, halarse el pelo, azotar las plantas para que crecieran, los papás daban también medio bromeando cuerazos al que quedara en casa, esto en el momento en que sonaban las campanas alegremente en la iglesia y en el calvario. A las 5 salía la procesión llamada de la Soledad o del pésame. Las mujeres que cargaban a la Virgen Dolorosa y a las otras vírgenes iban vestidas de negro todavía y San Juan, como siempre, cargado por hombres, salía de la iglesia y llegaba al calvario. Allí tenía lugar el rosario que lo rezaba el padre, sermón y cánticos para después subir o elevar la urna con el Cristo yacente, esto lo hacían los hombres que cargaban la urna por dentro del Calvario y en el atrio y la elevaban como simulando que Cristo subía a los cielos. Ya a las 9 terminaba y siempre había alegre baile al cual concurría la sociedad chiquimulteca. Ya se podía comer carne, reír, bailar y estar alegre. Ya Jesús estaba en los cielos. El baile terminaba a media noche y a veces se prolongaba hasta la madrugada.

A las 5 de la madrugada del Domingo de Resurrección, las campanas del Calvario repicaban para la procesión de "la madrugada" o de la Resurrección. Jesús representado por una imagen ya no martirizado sino triunfante, salía del Calvario, de la Iglesia salían las demás imágenes. Un angelito, de carne y hueso, con un farolito encendido, iba a toda prisa de un lado a otro para avisar a María Dolorosa y demás vírgenes y a San Juan, que Jesús había resucitado. Eran como "topes" y los cohetes y bombas alegraban el amanecer. Las campanas se sumaban con su alegre repiquetear, y cuando ya se reunía el Resurrecto con la Madre y demás acompañantes, la procesión entraba a la Iglesia donde se colocaban frente al Altar Mayor, en el cual el cura párroco oficiaría la misa, dando así por terminada la celebración de la Semana Santa.

Otra fiesta religiosa que se celebró por los años 1913 a 1915, fue la instituida por el cura párroco de entonces, Pbro. Manuel Antonio Bengoechea y Lobos, joven, entusiasta y con entronques familiares en Chiquimula. Era amigo de afeites que le aumentaban las gracias de su rostro y por el perfume que se sentía en la calle se daba cuenta uno de que era el Padre Bengoechea quien pasaba; esto generalmente era hacia las 11 de la mañana, hora en que se encaminaba a la Iglesia para officiar.

Las festividades se efectuaban en los primeros días de noviembre en la plazoleta del Calvario. Rezos de rosario, oraciones, cánticos, sermón igual que en las fiestas de agosto y diciembre; después los fuegos artificiales, los llamados "fuego de cañas", figuras hechas de canutos de bambú con material inflamable como pólvora y cohetillos y canchinflines. Igual era el "torito", figura de toro, una armazón que se la colocaba encima un muchacho joven, sobre la espalda y se tapaba los oídos con algodón, así se preservaba de ponerse sordo. Siempre era un joven de clase humilde, corría por el atrio, por las calles cercanas cuando ya se le había encendido y disparaba cohetillos, canchinflines que a más de uno quemaron. Era lo emocionante, que el "torito" lo corriese a uno.

Para la fiesta titular, llamada fiesta de agosto, se celebraba del 13 al 16. La patrona de Chiquimula es la Virgen del Tránsito. Entonces comenzaban varios días antes las celebraciones religiosas como Misas y Oraciones, éstas de 7 a 9 de la noche y las misas por la mañana. Todas las clases sociales tomaban parte; comerciantes, empleados de la Municipalidad, obreros, maestros. A los hombres les tocaba contribuir para las "oraciones" y a las esposas de ellos para las misas. En la noche se rezaba el tradicional rosario en la Iglesia, acompañado de música. En el atrio y alrededor del parque —que entonces tenía verja de hierro— se paseaba el famoso "torito" de fuego, y en la plazoleta de la Iglesia los llamados "castillos", "fuego de cañas", etc. La noche que les tocaba contribuir a los comerciantes chinos era la mejor, por lo vistoso de las luces y fuegos artificiales importados directamente de China; la pirotecnia era imprescindible. Así también los Moros, esta celebración sólo era para el mes de agosto, comenzaban con sus bailes el 11 y terminaban el 18 de agosto. Representaban pasajes de la guerra de la reconquista española. Las personas que tomaban parte eran gentes humildes, a veces analfabetos, del barrio El Torito o La Democracia como se le llamó después. Unos eran los Moros y otros los Cristianos y un año sí y otro no, la Laura. Era un personaje como hija de los Cristianos, de algún jefe, un chiquillo hacía este papel. Tanto Moros como Cristianos se ataviaban con trajes de vistosos colores, turbantes con espejuelos y máscaras grotescas, pero se diferenciaban unos de los otros. Tenían cascabeles que sonaban al bailar en un pie y luego descansaban para seguir con el otro pie, llevaban espadas que blandían a medida que hablaban en voz alta, como dialogando, pero en tono de guerra. El tamborón y el pito los acompañaba. Danzaban en el atrio del Calvario el 11, también en las casas particulares y se les daba algunas monedas, en la Iglesia, no

adentro, sino en la plazuela, pues no era parte de la celebración católica. Estas personas ensayaban con muchos meses de anticipación. Solamente recuerdo estas palabras que llegué a entenderles: "que precuren (por procuren) entregar las llaves de la ciudad"; también cuando Laura estaba arrodillada le decían: "levántate Laura del suelo..." Era de lo más chistoso y los niños pequeñitos huían por lo feo y raro de las máscaras y porque los veían con las espadas.

En la plaza, frente a los portales del Mercado, Iglesia y Parque, estaban las chinamas o chinamos, hechos con manteados o con techos de hojas de palma seca. Llegaban vendedores de frutas desde Jalapa, llevaban en redes las manzanas y perotes, de clase muy ínfima sí, sin embargo, como eran frutas que no se cultivaban allí en la región por ser de clima frío, los vendedores obtenían buenas ganancias porque terminaban sus ventas, también vendían unas frutas como en forma de huevo, de ese tamaño, color amarillo con rayas moradas y eran jugosas, los llamados pepinos, algo dulces. La "colación", eran figuras de azúcar muy blanca, quebradiza, imitando hombres, mujeres, tinajas, patos y otras formas. Las llevaban en cajones de madera, de unos en donde llegaban las latas de petróleo, mal llamado de gas. Esas cajas con suficiente colchón como tusa hecha tiritas iba la ansiada colación, que sólo en agosto la disfrutábamos. Refrescos de "temperante", era la piña cocida con canela y endulzada, o simplemente de "jarabe". La especialista era la "nía" María Cacheo quien lo hacía muy rico y lo tomábamos tibio porque en esos años no llegaba el hielo aún. La misma señora, nía María, hacía un delicioso bocadillo de coco, en tabletas y según la cantidad que uno le pidiese, ya medio o real, ella lo partía, con la uña del dedo pulgar, de acuerdo con lo que una vez me refirió Rafael Zea Ruano.

Otra bebida que se acostumbraba era el ponche, que es una mezcla de leche caliente, huevos, azúcar, canela y aguardiente; batido con el molinillo y espumoso era muy apetecido. Las hojuelas con miel de abejas como adorno; los molletes, un pan relleno de canela, envuelto en huevo y saturado de miel de rapadura, deliciosos. Esto y otras golosinas eran las propias de las fiestas agostinas y decembrinas.

No podían faltar los fotógrafos ambulantes, quienes se situaban en el callejón formado entre el mercado y la iglesia, también en otros puestos de la feria. Cobraban por cada foto instantánea \$ 5.00 de los antiguos. Los juegos de azar como la llamada "Rueda de la fortuna", chingolingo, loterías o polacas. En todos estos se apostaba dinero y se perdía más que se ganaba, excepto en las polacas donde se ofrecían premios de acuerdo con el número de clientes que compraban los carto-

nes, pero el ganador salía contento porque con pocos centavos obtenía algo superior, siendo que lo ganase con una o dos jugadas.

Las corridas de toros tenían lugar por las tardes del 13 al 16 de agosto. Se anunciaban con bombazos. Los toros los llevaban de la famosa hacienda de Jicamapa y de Ipala. No usaban traje especial los toreros o toreadores como se les decía, y sólo había un atrevido que se montaba en el toro mientras otros se encargaban de encolerizarlo y torearlo; le quemaban canchinflines por detrás y el que iba montado, bien amarrado con lazos, era siempre o casi siempre, si mal no recuerdo, Daniel Sánchez, y como generalmente guardaba prisión por motivos no graves, se le sacaba de la prisión únicamente para que se montara en el toro, por ser el único valiente. Algunas veces salía el "mico el hoyo" que se metía en un hueco hecho a propósito para librarse del toro, o se escondía detrás de las palmeras que quedaban dentro de la barrera. Vestía de colores abigarrados, era una especie de torero bufo. El espectáculo era gratis, la barrera de regular amplitud, construida en la plaza principal, frente a la Municipalidad, las rejas del parque le servían de límite y luego terminaba en el patio de la Escuela No. 2 de Niñas. Era de gruesos palos como especie de barandal. En los años 1911 y 1912 se construían unas enramadas con un piso de tablas burdas, a cierta altura del suelo que permitía ver mejor la corrida. El pueblo estaba siempre junto a los gruesos palos de la barrera y desde horas antes estaba ya aglomerado. En algunas ocasiones se dio el caso de que los toros eran muy bravos, herían a los toreros, otras veces se salían de la barrera y un toro barroso (así lo llamaban porque era color grisáceo), dobló los barrotes de la reja del parque y fue lo alegre la desbandada del público; corríamos y nos entrábamos a la Iglesia por ser el lugar más seguro y cercano. Excepto los toros y los moros, el panorama de la fiesta de diciembre era igual.

Diversiones

Como diversiones estaban los conciertos que tenían lugar en el parque central, rarísimas veces en el Templo de Minerva. La hora era para los jueves: de 7:30 a 9:00 de la noche, y para los domingos de 4 a 6 de la tarde y de 7:30 a 9:00 de la noche, y cuando eran "extraordinarios", terminaban a las 10. Ejecutaba la Banda Marcial, reputada como la 2a. de la república, en el kiosco que estaba en el centro del parque, que en aquella época tenía reja y asientos de mezcla de cemento y ladrillo. El director perpetuo de la Banda fue don Marcos Salguero,

quien a la vez era profesor de solfeo y canto en los Institutos de Varones y de Señoritas y en la sección primaria de dichos centros. Por los años 20 fue director don Leopoldo Ramírez. La música ejecutada era clásica o "con solfa" como se decía, pero también se escuchaban los aires de moda, y mucha música argentina. Paseaban jóvenes y personas mayores, también el pueblo participaba de este recreo. Y como había prejuicios raciales, las muchachas se lamentaban que los indios de El Torito eran los concurrentes, pues los estudiantes internos no tenían salida los jueves y el concierto estaba menos alegre.

Los bailes tenían lugar en casas particulares con motivo de algún cumpleaños familiar, una boda, un bautizo o por otro motivo. Para agosto y diciembre habían "zarabandas", esto era pagado para los hombres y también el licor que se consumía en la "cantina" o las "boquitas". En los años 20 estuvieron en boga las kermeses con algún fin benéfico y eran muy alegres, hombres y mujeres tomaban parte, ya jóvenes o ya personas mayores. Se bailaba, había bocaditos sabrosos, rifas, etc.

En las casas particulares se usaba la "rusia", esto daba mayor realce. Consistía en un lienzo de manta fuerte, con colchón de pino debajo, una especie de alfombra, tensa, asegurada en los bordes con tachuelas clavadas en el piso. Se espolvoreaba ácido bórico y estearina rayada para que estuviera lisa y deslizarse bien al danzar. Era casi un lujo, no siempre había esta comodidad. En el salón destinado al baile se ponían asientos cerca de la pared y allí se sentaba la juventud femenina y las personas mayores, ya fuesen los padres o encargados, y los muchachos en los corredores antes de empezar el baile. La música también, ya fuese orquesta, banda o marimba. A media noche se cenaba tamales con café y pan. El licor era fuerte y también había fino, según la calidad de la fiesta, cerveza, licor compuesto con frutas como trocitos de marañón, nances, mamey. La cerveza era extranjera, llegaba de la capital o de Puerto Barrios, envuelta la botella en pajita amarilla, una que decía Negra de Alemania y otra que era francesa, del León D'or. Ultimamente la de Castillo Hnos. era la que se usaba, vinos, boquitas, eran trozos de naranja, panes con alguna carne y encurtidos de papaya tierna impregnados de vinagre, cebollitas y algún chile. Antes de principiar el baile llegaba el caballero a donde uno estaba sentado, lo invitaba a bailar y comenzaba el paseo alrededor de la sala o salas destinadas para eso, pasando cerca de las personas que estaban sentadas, que eran mujeres generalmente, ya que los varones salían a sentarse afuera o quedaban de pie. Se aceptaba bailar y era una ridiculez, una grosería o malacrianza

"dejar parado" a alguien y no aceptar. El "abono" consistía en bailar muchas piezas con el mismo compañero, pero se hacía y algunos bailaban toda la noche, esto lo hacían los novios y que no sufrieran regaño por "abonarse". En los bailes de etiqueta era con invitación por tarjeta y el programa de las piezas que tocaría la orquesta. Otras veces la invitación era verbal, pero por escrito se acostumbraba y si no llegaba a casa de uno, no se asistía. El alumbrado era con lámparas de petróleo. Muchos años después se comenzó a usar la lámpara de gasolina y en 1932 la luz eléctrica. En los bailes no se acostumbraban los apagones. Al terminar la pieza de música se pedía "cola" y a veces se gritaba insistiendo, obligando de este modo a los músicos al bis. Estos se enojaban, pero accedían ante la petición y si eran las muchachas las que se lo pedían, murmuraban entre dientes: ¡ibirriondas! No se usaban los vestidos largos para ir a bailar. Se danzaban vals, fox-trot, one-step, paso-doble; iban las parejas semiabrazadas y últimamente "tété a tété", muy juntitos. Más de una pareja en el colmo del entusiasmo amoroso se besaba, y al día siguiente se comentaba entre la muchachada. ¿Viste que la fulana se besó con zutano? El fin de fiesta era muy alegre. La música ejecutada muy rápida, recuerdo, era muy niña y veía los bailes que se celebraban en mi casa, tocaban "el mishito". Se bailaba en ronda, hombres y mujeres tomados de la mano danzando, ya con sus chalinas sobre la espalda o anudadas al cuello las damas, era la despedida; un hombre hacía de gato dentro del círculo que danzaba, y quien fuese gracioso era solicitado para hacer de "gato", en un momento imprevisto, el gato tomaba por compañera a una muchacha y se hacían las parejas, pero como alguien tenía que quedar impar o "zonto", éste era el nuevo gato y otra vez a la danza. También los señores y señoras respetables danzaban. Hubo fiestas que terminaban hasta las 5 de la madrugada. En esta ronda nadie debería quedarse sentado. Había también matines danzantes los domingos en alguna casa particular o en el salón de los obreros y en el Teatro Fiat, propiedad de Humberto Porta Mencos.

Juegos

En la escuela se acostumbraba jugar a todo lo que fuera movido durante los recreos que tardaban 10 minutos. Por ejemplo, saltar a la cuérd, la "shuca" o "tenta", el tuero o escondidas, etc. Había otros juegos que podíamos hacerlos en lugares bajo techo como los corredores, la galera que era amplia y siempre que hubiese un mueble más o menos como mesa mediana. Este juego era el llamado "cincos" por usarse las

canicas o bolas de cristal, medianas o chicas. Los varones los jugaban con el nombre de "bolas" y era así:

Se jugaba en el suelo, en cuclillas, hacían una hendidura en la pura tierra, y si el piso era de ladrillo, con tiza o yeso. Esta hendidura en forma de elipse y le llamaban "tortuga", como de medio metro. A cierta distancia marcaban una raya, de igual manera que la "tortuga", dentro de ésta se colocaban varias bolas y los jugadores podían ser 2, 3 o más. El límite que era la raya servía para tirar desde allí la bola, empujada con la falange del dedo pulgar, y si con el tiro, que era con fuerza, lograba sacar una o más bolas, repetía el tiro, más si no lo lograba, su bola quedaba donde paraba y el próximo sería desde allí; después seguía el 2o. jugador y así el 3o. y los demás. Al sacar las bolas de la elipse se ponían otras, el jugador que ganaba más bolitas era el que sacara más, y algunas de éstas se cascaban por el impacto del "tistique" que las lanzaba y así ya no podían rodar, era eliminadas.

El Conejo y el Venado o El Cazador y el Venado. Los niños o niñas en ronda tomados de la mano, uno adentro representando al venadito, otro afuera y hace de cazador o tirador. Se inicia el diálogo así:

- ¿Me regala ese venadito?
- No porque está muy tiernito.
- Regálemelo.
- Que no.
- Pues si no me lo regala me lo como.

Trata de entrarse a la rueda, los niños con los brazos estirados y en alto dejan salir al venadito, luego el cazador lo sigue, ambos corren rápidamente. Regresa a la rueda y los compañeros estiran los brazos para dejarlo entrar, luego se estrechan para impedir que entre el cazador. Va otro niño y el diálogo se repite, y nuevamente corre el cazador tras el venado hasta darle alcance. Cuando lo atrapa, se rompe el círculo y tratan de salvar al venadito, imitan ser perros y ladran, o bien el cazador simula comérselo.

¿De quién son las mulas? Es otro juego en el cual los jugadores se colocan también en círculo, adentro un jugador y afuera otro. Este pregunta:

- ¿De quién son las mulas?
- Contesta la que hace de jefe y dice:
- De Nana Beta.
- ¿Se podrá coger una?

—Antes que se le rompa la jeta.

El círculo de jugadores gira en vertiginoso movimiento y simulando dar puntapiés para que el que quiera coger las mulas no pueda acercarse, pero al fin, atrapa a una por la cintura y esa queda fuera de la ronda, procediendo de igual modo hasta atrapar otro jugador o jugadora y así indefinidamente.

Arranca cebolla. Los jugadores (niños o niñas) en fila, uno detrás de otro y cada uno cogiendo a su delantero por la cintura con fuerza. El primer jugador siempre será el mayor, el más fuerte y se coge de un poste, de las rejas de una ventana, de un árbol, de algo fijo. Mientras más jugadores mejor porque es más alegre. Un jugador que no está en fila pregunta al cabecilla:

- ¿Me regala una cebollita?
- No porque está muy tiernita. ¿Y la que le dí anoche?
- La puse en el garabato y se la comió el gato.

Vuelve por segunda vez y dice:

- Si no me la regala me la como.
- Regrese, regrese y llévese la que usted quiera.

Entonces simula que averigua quién está más "tiernita", para lo cual golpea suavemente la cabeza de cada uno varias veces, con el puño cerrado, y cuando llega a la última, dice: a ésta me llevo. Tira con fuerza de ella para arrancarla. Si logra separarla, hace lo mismo con la siguiente, produciendo esa lucha regocijo en toda la fila, cada cual preñándose con fuerza de su delantero; pero a veces por cualquier motivo uno que no era el último se soltaba cayendo algunos al suelo, 3 o 4 que era cuando el juego adquiría su intensidad y emoción.

La aguja y el dedal. (En otros lugares este juego es llamado El gavilán y los pollitos). La disposición de los jugadores es igual que en el juego anterior; pero la cabecilla no se apoya en nada, sino que mantiene los brazos libres para proteger a sus "pollitos". Un jugador se presenta y dice:

- Por aquí perdí una aguja y un dedal.
- Búsquelos que los ha de hallar.

Hace como que busca en el suelo y da varias vueltas, y dice:

- No los encontré.

—Vuélvalos a buscar.

—Si a las tres vueltas no los hallo me como un pollo.

—Cójalo si puede.

El jugador que simula buscar después de dar 3 vueltas alrededor de la fila trata de coger a la última jugadora. La cabecilla se lo impide abriendo los brazos en semicírculo, en actitud de protección, y girando para impedir que se lleven al "pollo". Se producen movimientos giratorios de la fila al procurar el raptor unas veces por la izquierda y otras por la derecha, que es motivo de alegría, y de repente el último pollo es arrancado y se lo lleva, luego trata de hacer lo mismo con los demás, uno a uno.

La fuerza. Las jugadoras más fuertes, dos o tres, se colocan en el centro, a su derecha una fila de jugadoras y a la izquierda otra de igual número, pero de espaldas a las otras. Las jugadoras centrales dan el impulso para que ambas filas se muevan circularmente y la intensidad del movimiento aumenta poco a poco, siendo las jugadoras de los extremos las que tienen que moverse con más rapidez y son las que se desprenden o caen, o son arrastradas porque la compañera inmediata no la suelta. La emoción la provoca la vertiginosa carrera en círculo y la caída de las compañeras. Por ser peligroso este juego no se aceptaba a las pequeñas y se jugaba en suelo llano.

Arroz en leche. Las jugadoras en ronda cogidas de la mano, estirando los brazos. En el centro de la rueda otra niña hace de directora y va tocando a cada una de la ronda diciendo frases entrecortadas: —Arroz con leche —si me caso con la Blanquita— se me enoja la Negrita. A la niña que le toca ya la palabra Blanquita o Negrita sale y se coloca fuera pero abrazando por la cintura a la amiga que ella prefiera y cree que haciendo esto va a salir pronto. Por último, ya no queda más que una y entonces la que lleva la voz cantante dice bailando y cantando: —con esta me caso, con esta me caso; las jugadoras que ya habían salido buscan compañera y proceden igual, pero si queda una impar le gritan: —¡chocolate para la vieja!, ¡chocolate para la vieja!, simulando que baten con un molinillo y ella se tapa los oídos para no aturdirse.

Gallina ciega... buscá tus pollos. Una niña dirige el juego y las restantes forman círculo. Para determinar quién debe ser vendada, se procede al sorteo con este estribillo, haciendo coincidir cada palabra con el señala-

miento de una jugadora: —Tin, marín, de dos quién fue, cúcara, mácara títtere fue; y a la que le tocó la palabra fue, sale del círculo. La directora continúa diciendo: —Pinto parado, calzón colorado, chorro medorro, martín pedorro. La niña a quien le correspondió la palabra pedorro también se retira, y la directora del juego repite estos estribillos tantas veces como jugadoras son, menos una, que es la niña a quien se vendan los ojos, estrechamente para asegurarse de que no vea. En seguida las compañeras gritan, acercándosele: —Gallina ciega buscá tus pollos, gallina ciega buscá tus pollos; y ella procura atrapar a una y cuando acierta, inmediatamente se quita la venda y la atrapada es ahora la vendada. Así prosigue el juego.

Andalizio. Las jugadoras se ponen en ronda cogidas de las manos con los brazos extendidos. La que dirige el juego se coloca en el centro y en voz alta dice: —Andalizio por Palacio, te responde el espinazo— San Martín de la redina —Teresina— andá a tu esquina; a la vez que señala una a una de las jugadoras al pronunciar las palabras; y a quien tocó la palabra esquina sale de la ronda y va a esconderse o se coloca detrás de la jugadora amiga para ir juntas a esconderse. Cuando sólo queda una, la directora le cubre los ojos con sus manos y empieza éste diálogo:

—¿Por dónde sale el Sol?

—Por el posol.

—¿Por dónde sale la Luna?

—Por la laguna.

—¿Por dónde sale la estrella?

—Por la batella.

En ese momento todas las jugadoras deben estar escondidas, luego la directora dice a gritos, pero ya ha descubierto los ojos a la jugadora que quedó: ¡Roma, Roma, allí va el Rey que quita corona! Esta corre para quitarle la corona a la jugadora que tuvo los ojos tapados, quien corre para quitarle la corona a la que primero encuentre, lo que se hace frotándole con su mano la coronilla. Las jugadoras al verse descubiertas corren hacia donde está la que cantó el juego para que sea ella quien "les quite la corona". La que fue descubierta y le tocaron la coronilla perdió y tendrá que buscar ella al comenzar el juego otra vez.

Martinejo. Las jugadoras se sientan en el suelo (nosotras jugábamos en la noche, sentadas en el empedrado de la calle frente a nuestra casa) formando círculo, y una de ellas queda en pie y con un lienzo en la

mano, que puede ser un pañuelo, recorre el círculo por fuera agitándolo, y de pronto da con él a una compañera, que inmediatamente se levanta y corre delante de la otra que con el pañuelo la va azotando suavemente y se establece el siguiente diálogo:

- ¡Martinejo!
- ¡Señor Viejo!
- ¿Y las mulas?
- Las vendí.
- ¿Y el dinero?
- Lo jugué.
- ¿Y el huevito?
- En el hoyito.
- ¿Y la sal?
- En su santísimo lugar.
- ¿A dónde fuiste?
- A un charquito.
- ¿Qué comiste?
- Un pollito.
- ¿Y qué me dejaste?
- ¡El huesitoooo!

Termina el diálogo y la que lleva el lienzo se sienta y se lo entrega a la otra, que repite la misma operación, hasta que todas han hecho lo mismo.

San Pedro y San Pablo. Dos niñas, las más grandes y fuertes, una frente a la otra y con los brazos en alto como formando un arco. Una cadena de niñas, la de adelante, casi siempre la más grande lleva la voz cantante para entablar el diálogo con las niñas que hacen de San Pedro y San Pablo. Viene la fila para pasar bajo el arco, la de adelante pide el permiso y la dejan pasar así como a toda la cadena, cuando falta una por pasar se bajan los brazos de los Santos y dejan encerrada a la última niña de la fila para preguntarle:

- ¿Con quién te querés ir? ¿Con San Pedro o con San Pablo?

Esta elige y se coloca detrás del que prefirió, pero en voz baja le preguntan y así contesta. Vuelve la cadena y se repite hasta que no queda ni una y ya colocadas detrás de los santos, unas más de un lado que de otro, o igual, depende de la elección de las jugadoras. Las niñas que hacían de santos con los brazos horizontales y extendidos comienzan a forcejear halando cada quien para su lado, ayudadas por las

jugadoras que están detrás de ellas, sostenidas por la cintura, una detrás de otra, como en cadena. El objeto es hacer avanzar hacia ellas al grupo contrario y gana quien lo logra, pero a veces las cabecillas se sueltan o se revienta la cadena y caen las jugadoras resultando muy chistoso y así terminó el juego.

El fueguito. Acostumbrábamos jugar éste en los horcones de la galera que estaba en el patio del Colegio, en los pilares de los corredores, o en el punto señalado se ponía cada niña y a la que le tocaba primero "pedir" comenzaba así:

- ¿Me regala un fueguito?

- Por allá lo tiré, se le contestaba señalando lejos. Iba con la otra y se repetía con cada una, pero en lo que ella, la jugadora que pedía el "fueguito" se retiraba, uno extendiendo el brazo indicaba que quería cambiar de puesto y era lo emocionante porque la que "pedía" corría a quitarle el lugar y uno quedaba "volando" y le tocaba pedir igual; otras veces era más alegre porque uno pedía cambiar de lugar con otra y luego venía una tercera a quien no se le estaba solicitando el cambio y ésta tomaba el lugar de uno y la "pedidora" lo ocupaba y tenía uno que pedir igual que ella. A este juego también le llaman Candelita.

La Shuca o Tenta. Este juego es de movimiento y una jugadora trata de tocar a las demás y nadie quiere dejarse porque entonces "la lleva" o sea que es la que toca o lleva "la shuca, o tenta". Para designar quién debe "llevarla", así como para nombrar a quien le toque buscar en el juego llamado "escondite" o "tuero", se hacía un sorteo diciendo este estribillo: Pelotilla, manzanilla, pie de gato, 24, 25 hasta 30 ó de 10 en 10 hasta 100, y a quien le toque el 100, pues se va señalando a cada jugadora colocadas en círculo, esa es la que busca o lleva la tenta, etc. Otra manera de designar era con este estribillo: el ya dicho en otro juego, o corriendo todas pero saliendo de un mismo punto y señalando la meta, y el que se quedara de último era el designado, o "el hijo del Zope" porque llegó de último. Para evitar la jugadora que le peguen la "shuca", se señalaban ciertos lugares donde uno quedaba libre o se decía: "pido paro", pero en las carreras ya ni se pronunciaba bien sino **piro paro** y al decir así ya estaba salvada.

Matatero, tero, lá. Este juego es cantado y en movimiento. Las niñas tomadas de la mano, extendidas todas, una es la que hace de mamá y frente al grupo se sitúa otra niña. Esta camina cantando y con pasos

acompañados se acerca a donde están todas las compañeras, y a manera de saludo, inclinando la cabeza dice:

—Buenos días mi señoría, matatero, tero lá.

—Qué quería mi señoría, matatero...

—Yo quería a fulana de tal (aquí el nombre de la jugadora que ella elija).

—¿Y qué oficio le pondrá?

—Le pondremos la lavandera (o la planchadora, la lava platos, la barrendera o un oficio que no sea honroso ni agradable para la "mamá" o directora del grupo, pero sólo un oficio cada vez para alargar el juego), matatero...

—Ese oficio no me agrada, matatero...

Y en vista que esos oficios humildes no le parecen, dice uno de estos otros:

—Le pondremos la princesita, o la hija del Rey, matatero...

—Pues aquí la tiene usted, matatero...

Y se va la elegida y serán dos las que piden, después, tres, cuatro hasta que estén todas y sólo queda la cabecilla del grupo, o también puede ella ser pedida y así termina el juego. Todo el diálogo es con el mismo tono, un cantito fácil.

(Perdón, cuando le preguntan "que quería mi señoría", contesta: Yo quería a una de sus hijas, y luego la respuesta: ¿Cuál de todas quiere usted?, aquí es donde dice el nombre, pero siempre el final es matatero, tero, lá.)

Doña Ana. En rueda y tomadas de la mano, cantan así: —Vamos a la huerta del toro toronjil, a ver a doña Ana, comiendo perejil. Doña Ana no está aquí, estará en su vergel, cortando la rosa y cerrándose el clavel, a la vez que cantan, bailan. Una jugadora está fuera de la ronda y a ella llegan para preguntarle, sin romper el círculo:

—¿Qué tal está doña Ana?

—Está con calentura.

Vuelven a cantar y a bailar y nuevamente le preguntan que cómo está doña Ana. La que hace de doña Ana va contestando cada vez: está peor, que ya no habla, que trabó los ojos y por último les dice: —Doña Ana ya murió. Entonces sí se rompe la rueda y corren para que la jugadora que va tras ellas, simulando que está muerta no las atrape, la que es alcanzada le tocará ser doña Ana al recomenzar el juego.

Había otros juegos llamados de prendas que eran muy bonitos y se practicaban sentadas en el suelo, como éste: El Rey de mi Patria...

Sentadas en rueda y una se encarga de poner nombres de flores, frutas, ciudades o personas, pero distinto al nombre que tiene cada jugadora. Esta debe saber bien de memoria el nombre que le han puesto para cuando lo oiga mencionar. La que jefea el juego dice:

—El Rey de mi Patria salió a pasear y se fue a hospedar en casa de... decía el nombre de la niña a quien se dirigía, supongamos que dijo Clavel. Esta contesta:

—Miente usted.

—¿En qué casa está usted?

—En casa de Jazmín (u otro nombre de flor).

Jazmín responde en el acto diciendo:

—Miente usted.

Y se repite el diálogo. Si alguna jugadora no estuvo atenta al oír su nombre, pierde y debe dar una "prenda" a la cabecilla del juego. La prenda era una peineta, un ganchito, un anillo, una pulsera, cualquier cosa que uno usara. Cuando ya había varias prendas se pasaba a la penitencia.

La jefe decía sacando una prenda y ésta en sus manos ocultándola. La dueña de esta prenda tiene por penitencia rebuznar como burro, cantar como gallo, besar a una jugadora, decir una poesía, cantar una canción, o algo que era llamado penitencia. Entonces levantaba en alto "la prenda" y la dueña se levantaba para ejecutar la orden.

Estira y encoge. Otro juego de "prendas", que se jugaba sentadas, no era preciso que fuese en el suelo, sino alrededor de una mesa. Un lienzo mediano, ya un delantal, un rebozo, un chalito, etc. Todas deteniendo una parte de él y bien tenso. La jugadora-jefe dice la palabra "estire" y "encoge" y se procede al contrario de lo que significa la palabra. En el juego de Estira y Encoge he perdido todo mi caudal; con la mano sobre el lienzo, como frotándolo dice a una: estire, y la otra debe encogerlo, instantáneamente vuelve a decir la misma palabra o encoja dirigiéndose a otra jugadora, quien estira, pues de lo contrario pierde y da "prenda". Es muy fácil equivocarse y entonces las "prendas" abundan. Y luego se procede como se dijo en el juego anterior.

Son-so-bezor. Este juego lo practicaban también los muchachos. Nos poníamos en fila con la vista al frente, y a cierta distancia otro jugador solo. Previamente se ponían nombres a los que estábamos en la fila,

generalmente de ciudades, ríos, lagos, etc. La que llevaba la voz cantante dice al jugador que está aparte y que no debió haber oído los nombres puestos. Y viene el diálogo.

—Son-so-bezor.

—Qué manda mi rey señor.

—¿En qué caballito te querés venir?

—En el que sea más corredor, saltador y brincador.

—Te querés venir en tal, cual, etc., según los nombres puestos.

Y el nombre que decía, el jugador que lo llevaba debía ir a traerlo simulando ser un caballito, galopando, y si era hombrecito, pues se ponía a horcajadas en la nuca al jugador. A veces se le mencionaban nombres que no existían, ya que ningún jugador los tenía, y si elegía uno de esos se le contestaba: pues véngase por sus patas; y él tenía que irse galopando.

Saltar la cuerda

Era un juego preferido, jugado en la escuela o en la calle por las noches. Jugábamos de diferentes edades. Los lazos o cuerdas de jarca fuertes eran los mejores. Dos jugadores cogían la cuerda de los extremos y la hacían girar en el aire formando un arco. Las que saltaban debían hacerlo a tiempo para no pisar el arco que pasaba bajo sus pies, y era la campeona quien saltara más veces sin perder. También, cuando la cuerda era grande, varias jugadoras en fila saltábamos simultáneamente y quien "perdía" salía del juego, ya por su voluntad o presionada por los gritos de todas las jugadoras. Otra manera de jugar era el llamado "entrada por salida", que consistía en "entrar" a la cuerda, dar un salto y salir, y una tras otra hacíamos lo mismo. También jugábamos el reloj, representando las horas con un salto, dos, tres, etc., y saliendo de la cuerda. Las jugadoras que perdían como ya dije, salíamos del juego y nos situábamos frente a las que estaban saltando la cuerda y se decían estas expresiones: "sebo, sebo la cotuza", sebo para la fulana, para la mengana, etc., y efectivamente perdía la jugadora a quien se aludía, como sugestionada. Chilindrón era una manera de dar "cuerda" lo más rápido posible y la jugadora debía saltar vertiginosamente para ir al ritmo. Al jugar este juego de "saltar la cuerda", siempre había gritos, discusiones, chillidos de emoción, y nuestra maestra Josefa Mendía, mi maestra de toda mi vida escolar, nos llamaba la atención por el escándalo diciendo: "¡Qué galillo de criaturas!" y si hablábamos mucho en clase, en formación o donde debíamos guardar silencio nos decía que tenía-

mos "boca de tarabilla". Lo que me admira ahora, al correr de tantos años es: ¡cómo podíamos saltar en el empedrado de la calle siendo las piedras menudas y puntiagudas!

Guayabitas agrias

Un juego parecido al Arroz en Leche era el de Guayabitas Agrias. Se jugaba diciendo la que dirigía el juego así, tocando a cada jugadora: —Guayabitas agrias en miel y maduras vuélvete reina de espaldas. A quien le tocara esta última palabra se ponía de espaldas y al proseguir el juego ya no se le tomaba en cuenta; al estar todas las que formaban la ronda de espaldas nos empujábamos con la parte dorsal del cuerpo unas a otras, en dirección al centro de la rueda.

También nos entreteníamos muy quietamente y no era necesario estar acompañada. En las afueras de la ciudad, o en algunos patios, o cercas, había unos arbustos llamados Chacté. Sus hojas verdes, borde dentado y las flores amarillas como campánulas. Un ramo bien cuajado de flores era suficiente, cortadas y unas horas más tarde y mejor si se dejaban para el día siguiente, ya marchitas las inflábamos con la boca y si no estaban rotas, como bolsitas cerrándolas con dos dedos las tronábamos sobre la frente, brazo o contra la mano, a las marchitas les llamábamos "churucas" y los botones eran apetecidos para "tronarlos".

Las calcomanías también daban esparcimiento. Se vendían de diversas formas y colores y las comprábamos para pegarlas en libros, cuadernos, en vasos, etc. Lo general y debido era usar el agua para fijarlas, pero más usábamos la saliva y con el dedo índice frotábamos y a cada rato lo ensalivábamos para pegarlas.

El barrilete

Era juego más propio de hombres, chicos y adolescentes, pero una niña jugaba también si en su casa había varones. Se jugaba en las calles, ya que no había alambres de luz eléctrica, ni tráfico de vehículos, exceptuando una que otra carreta de bueyes, y caballos, burros y mulas que llevaban carga. Los barriletes eran de papel de china de colores y les daban formas de estrella, de cubos, de faroles, variadas y usaban las varitas de montaña que eran livianas. Para "encumbrarlo" o elevarlo se usaba el hilo No. 10, más si lo hacían de manta en vez de papel, las varas eran de bambú y el hilo era una pita o cáñamo fuerte. La cola del barrilete era de lienzo delgado, angosto, y el extremo tenía atado un trozo, o

un pedazo de planta fuerte o el ovillo que servía para que volara más alto, al ovillo se le llamaba "molote". En la jerga de este juego se usaban estas expresiones: "cola de mico", "chachaguante", "encumbrar", "cobrar", "soltadillas", etc. La cola de mico era cuando la cola del barrilete se enredaba en el hilo y el barrilete giraba hacia abajo hasta caer; el chachaguante consistía en botar un barrilete que estuviera "encumbrado", arrojando un hilo con una piedra en el extremo sobre el hilo que sostenía al barrilete y los que hacían esto terminaban peleando; "cobrar" era halar el hilo como para enrollarlo en el ovillo o palito del extremo, ya para bajarlo o para evitar que se enredara en la rama de algún árbol. Se decía "enviar un telegrama" cuando por el extremo de el hilo se metía un papel con un agujero y el movimiento que constantemente se hacía obligaba al papel a subir hasta muy alto, siempre dentro del hilo; "soltadillas", lo más emocionante. Un grupo de muchachos se ponía en fila, uno detrás de otro, de cara al dueño del barrilete encumbrado. Ataba una rama ordinariamente, u otra cosa algo pesada con el hilo o cáñamo del barrilete, y gritando "¡ay va!", lo tiraba en alto y en dirección de la fila de compañeros, que levantaban los brazos para coger la rama y quien lo lograba se quedaba por un rato manipulando el hilo del barrilete, y después hacía lo mismo. El momento emocionante era el del lanzamiento porque todos gritaban con la alegría y esperanza de coger la rama y manejar el barrilete. A veces ninguno tenía éxito y el barrilete "se iba" hasta caer en algún patio de la ciudad o fuera de ella y entonces la alegría era más intensa porque todos corrían a buscarlo. Como todas las casas tenían patio amplio y con muchos árboles, y al saber donde había "caído", se pedía el permiso para "entrar a sacar el barrilete" y no era negado. Generalmente se comenzaba a jugar en los últimos días de septiembre, luego que pasaban las pruebas escolares o exámenes que se practicaban en octubre, aumentaba el número de jugadores de barrilete y terminaba en noviembre. El vulgo atribuía a la volada de los barriletes que las lluvias cesaran y decían: causa de estos ixocos (ischocos, voz despectiva para tratar a los niños) ya no va a llover.

Las defunciones

Cuando una persona moría se reunían en la casa mortuoria (no había empresa funeraria) los parientes, que acompañaban a los deudos inmediatos en el cuarto en que yacía el cadáver, y los amigos llegaban sin necesidad de invitación. El cadáver era vestido con un traje usual, generalmente negro para los hombres, o un camisón para las mujeres, y

algunas veces zapatos; se le colocaba en la cama o en una mesa teniendo la cara cubierta con un lienzo, que cada persona levantaba para verla y cuando llegaba el ataúd se le introducía en él. Los amigos íntimos permanecían cerca de los deudos, y los demás en los corredores, y a veces hasta en el patio y la calle; conversaban en alta voz, se contaban chistes, se decían adivinanzas, se hacían bromas y se producía una gran algazara en que las carcajadas eran dominantes. Los novios se acomodaban en algún recodo; había quienes jugaban la "baraja". Se distribuían cigarrillos, aguardiente, anisado u otro licor según la posición económica. A media noche se servían tamales, café y pan, y había sujetos que se "colaban" sólo para disfrutar de esta oportunidad. La vela se convertía en una semi-fiesta. Unas cortinas blancas colocadas en la puerta y ventana atadas con cinta negra denotaban que había duelo.

El entierro de los niños de familias muy pobres, se distinguía por alguna lamentable música y humildes instrumentos, en particular el clarinete. De los campanarios se escapaban repiques alborozados, y por los adultos las campanas doblaban y los músicos ejecutantes eran varios según la posición económica de la familia y tocaban marchas fúnebres. Los ataúdes eran negros y los de los niños eran blancos; para los muy pobres apenas se clavaban cuatro humildes tablas de pino sin cepillar, y el acompañamiento a veces sólo se componía de los cuatro cargadores y algún familiar que marchaban lo más rápido posible, sobre todo si se trataba de niños, o "angelitos" como se decía. En todos los casos el momento culminante del dolor era cuando se clavaba la tapa del ataúd: los deudos lloraban a gritos, que renovaban a cada instante, a la llegada de una persona amiga, máxime si era muy allegada. Los familiares no iban al cementerio, excepto los hombres, y algunos amigos se quedaban acompañándolos en casa. No había carro fúnebre y el féretro era llevado en hombros de amigos. Durante nueve días se rezaba el rosario y se leía la novena de difuntos, para lo cual se invitaba de palabras a ciertas amigas, generalmente las vecinas y era por la tarde o de 7 a 8 de la noche. "Que Dios los saque de penas y los lleve a descansar", y "¡Cuán terribles son mis penas, piedad, cristianos, piedad!", eran estribillos de las estrofas dolientes que se leían de "El Ancora de Salvación" y del "Novenario de los fieles difuntos". Una de las estrofas decía:

"Soy tu padre hijo querido
quien tu compasión reclama
no me dejéis en olvido
penando en horrible llama"

“Cuán terrible son mis penas,
piedad, cristianos piedad”.

En una parte del rosario, puestas de rodillas las rezadoras, decía la que “enseñaba el rosario”: —Aquí se hace la petición. Seguía silencio y entonces se aprovechaba para pedir a Dios un favor especial por el alma del difunto, mentalmente. El último día del rezo, o sea el 9o. se servía café con pan y algunas veces tamales. Todos los días del rezo se ofrecía un cigarrillo a las personas mayores, que eran las únicas que fumaban. Las amistades enviaban flores blancas con que se adornaba el altar durante el novenario y el 10. día se iba a la misa para la cual se invitaba y al terminar se llevaban flores y coronas al cementerio, quedando así concluido el ritual fúnebre. Al cumplir un año, se procedía igual respecto a novenario, misa, etc., y se hablaba del “cabo de año” de don fulano o zutana.

La crítica era cruel para los parientes que no cumplían estrictamente con las reglas de duelo en materia de indumentaria y de abstinencia de fiestas, y otras distracciones. Por los padres se llevaba luto durante dos años, por los hermanos un año, y por los tíos, primos, seis meses, pero las viudas se abstenían vitaliciamente de usar vestidos de colores alegres. El luto completo consistía en llevar vestido, zapatos, medias y manto negros. El manto era de merino, cuadrado. Se cruzaba o, lo que es lo mismo, se doblaba en forma de triángulo, dos puntas quedaban hacia adelante y la otra caía atrás, más abajo de la espalda. Sólo se llevaba durante un año el manto, las viudas podían usarlo más tiempo. Los hombres en señal de duelo usaban la corbata negra o una cinta de crespón negro en el brazo izquierdo o en la solapa del saco, pero no duraba mucho tiempo.

Vida social

En aquellos años casi no había en Chiquimula vida social; nadie visitaba a nadie, pero si por alguna circunstancia alguien tenía que llegar a casa de otra persona, para informarse del estado de salud de un enfermo, o preguntar por un ausente, no se le ocurría al dueño o dueña de casa hacer de anfitrión y ofrecer una taza de café o un refresco. Jamás se le ocurría a un amigo invitar a comer en su casa a otro. Sólo en ocasiones de cumpleaños se congregaban algunos vecinos o enviaban algún regalo. Lo típico, el día del cumpleaños, era enviar tamales a los vecinos y amigos íntimos aunque vivieran más distantes. Esto se hacía

muy temprano para que fueran comidos en el desayuno, ya era consabido que cuando esto ocurría, se preguntaba: ¿Quién cumple años?, y se correspondía con algún presente de flores u otra cosa. El “agua de canela”, la “horchata” de arroz eran infaltables con trozos de deliciosos marquesotes en las piñatas de los niños.

Un viaje a la capital era un acontecimiento y un lujo. Gentes modestas, pero ingenuamente vanidosas hacían saber que iban a Guatemala cuando apenas sólo hacían temporada en algún pueblecito vecino. Increíble y extraordinario era el caso que personas de esa condición, cuando en la capital se encontraban con un coterráneo conocido y hasta amigo, no lo saludaban, sino que al encontrarse con él miraban de frente o al lado contrario de donde el otro caminaba. Esto era más frecuente que ocurriera entre las mujeres.

San José, Costa Rica, a 13 de mayo de 1974

TESTIMONIOS